



José Tomás de Cuéllar

Un amor desgraciado

A las diez de la noche la casa de Elena presentaba un conjunto de los más animados.

Desde la puerta de la calle adornaban cornisas, pilares, puertas y corredores, gran número de farolitos de colores. El corredor era un completo jardín veneciano, y la sala del baile, si no presentaba el conjunto severo del buen gusto y la elegancia, sí ofrecía a los concurrentes alfombra, si bien añadida y completada como capa de pobre; asientos, si bien mosaico churrigueresco digno de un remate; y luz, si bien vertida ora por quinqués alimentados con aceite, ora por velas de esperma, pues por entonces ni la estearina, ni el gas de trementina, ni el petróleo iluminaban todavía los salones.

Elena, como lo había notado muy bien Pérez, estaba encantadora; y porque el lector no nos tache de inconsecuentes por haberle hecho conocer a Elena de un modo y hacerla pasar hoy por una metamorfosis violenta, daremos el porqué de esta transformación.

Elena, como dijimos muy bien, no era bonita, pero tenía dotes de un valor intrínseco; dotes de esas que pueden pasar desapercibidas para un pollo atronado, pero que en manera alguna se escapan a la profunda e investigadora mirada de un gallo viejo.

El mismo Pérez no había descubierto los hechizos de Elena sino cuando ésta, abandonando su crisálida de los días de trabajo, se le había exhibido en el baile del 24, en las boleras y dando a luz aquellos

piecitos color de cielo.

El coronel, más experto y avezado cazador, había explorado el campo con su primera mirada, y al primer golpe de vista había sabido estimar convenientemente desde los hoyitos de las manos de Elena hasta lo aéreo y fino de sus pequeños pies.

Adivinó Aguado la tersura de la piel y la morbidez de los contornos con la misma precisión con que había solido explorar al enemigo, si carecía de bagajes y municiones, o si estaba montado en regla para el ataque.

De manera que, lo que para Pérez había sido obra del tiempo y la casualidad, para Aguado fue un golpe de ojo, verdaderamente de pillito.

El pobre de Pérez había acertado a doblar la rodilla en mal momento.

La misma Elena conocía en su interior que Pérez se había dormido.

En materia de homenajes de amor, la mujer es sensible al desperdicio.

A las diez y media se presentó el coronel Aguado, de riguroso uniforme, acompañado del teniente coronel, del mayor, de dos capitanes y otros oficiales subalternos.

La música del cuerpo de Aguado, colocada en el patio de la casa, tocaba a la sazón la marcha de Norma, lo cual le dio a la entrada del coronel cierta solemnidad.

Al pisar el salón algunas personas se pusieron de pie, movimiento que fue seguido hasta por algunas señoras, para quienes las reglas de etiqueta no eran muy familiares.

Esto acabó de darle a aquel acto cierto carácter oficial.

Aguado, antes de hacer un saludo general, se adelantó seguido de sus oficiales hacia el lugar en que estaba Elena, atravesando el salón; la dio la mano inclinándose cortésmente y presentó a sus oficiales.

Éstos hicieron a Elena un saludo militarmente cortés, y Aguado, en seguida, se volvió para saludar a la concurrencia, y en derechura pasó después a saludar a Pérez, que permanecía de pie, erguido, metido en el frac de Zarricolea y proyectando en la pared la silueta de una pirámide truncada con la sombra de su rizada cabellera.

-Muy bien, amigote; se ha portado usted admirablemente, debe usted haber trabajado mucho.

-Sí, señor coronel -respondió Pérez mostrando su blanca dentadura, pero dejando percibir no obstante cierto fondo de tristeza amarga.

-Supongo -continuó el coronel- que se habrá nombrado un bastonero.

-No, no, señor, todavía no.

-¿No se ha bailado nada?

-Esperaban a usted para romper el baile -dijo una vieja que estaba próxima y rebosando júbilo.

-Pérez es muy a propósito para bastonero -dijo Pablito que acababa de entrar.

-¡Eso es! -exclamó el coronel-, vamos, amigote, a bailar cuadrillas.

-¡Cuadrillas! -gritó Pérez.

Aguado se paró en primera con Elena.

Los oficiales lo imitaron, tomando sus compañeras.

Y comenzó el baile.

Pérez había cuidado de hacer pareja con Elena y Aguado para colocarse en paralelas con el enemigo.

Esto contrarió a Elena, porque la puso a dos fuegos; pero en estas asonadas de amor lo reñido y lo complicado suele ser el platillo más confortable.

El baile es el protector natural de los amantes; Aguado sabía tomar sus posiciones con admirable maestría.

Pérez contaba los compases de las cuadrillas, sin descuidar a Elena, a quien le apretaba la mano en cada media cadena y en cada cola de gato.

Estas suaves presiones estaban representando en las manos de Elena el papel del telégrafo electro-magnético.

El apretón de Pérez era la corroboración de su hincada en el tocador, y el apretón del coronel era el recuerdo de sus esplendideces.

Aguado supo decir al oído de Elena algunas frases apasionadas, que Elena recibía como al que le cae algo de arriba. No podía combatir, ni rehusar, ni discutir.

El coronel tenía el tino de no hacer preguntas. Avanzaba sin consultar al enemigo.

Elena temía hacer una barbaridad rehusando los galanteos del coronel.

Después de las cuadrillas circularon por la sala algunas charolas con copas, y en el comedor se formó una tertulia de buenos bebedores, a cuya cabeza estaba Aguado.

Pérez encontró muy natural ofrecer una copa al coronel para darle a probar un ron de Jamaica exquisito.

-Soy costeño, amigote, y he bebido a bordo.

Pérez abrió los ojos temiendo haber hecho una barbaridad.

-El ron lo tomo en vaso, amigo Pérez; esas copitas son para señoras.

Vengan dos vasos.

Un criado presentó dos vasos al coronel.

Éste tomó la botella y sirvió dos medios vasos de ron.

-Así se brinda, amigo Pérez.

-Pero, señor...

-No hay que andarse con melindres, ¿somos amigos?

-Tengo el honor...

-Pues a beber, amigo. Por la salud de usted, amigo Pérez.

El coronel apuró su vaso y Pérez dio un trago y lo apartó de sus labios.

-Un día -continuó el coronel- tuve un desafío con un marinero por un desaire semejante.

Y señaló el ron que Pérez había dejado.

-Yo lo tomo en dos tiempos -se apresuró a decir Pérez.

-¡Ah!

-Es para catarlo.

-Bueno, hombre, bueno, se conoce que es usted de los míos. Yo no lo caté, porque como usted me lo ofrecía supuse que era bueno, como en efecto lo es.

Pérez apuró el resto del ron a trueque de sentir una corriente de lava candente en el esófago.

Bailáronse algunas piezas más, y a las doce en punto Elena invitó a la concurrencia a presenciar la acostada del Niño.

Se encendieron velas de cera y, previas las oraciones de costumbre, Elena colocó un Niño Dios de cera en el pesebre, a cuyo acto siguió una

salva de cohetes y una diana tocada por la música militar.

Acto continuo la concurrencia pasó al comedor. Aguado rompió la marcha conduciendo a Elena, después seguían los oficiales llevando otras señoras, y Pérez, como se lo estaba temiendo, a fuer de galante y obsequioso se quedó sin asiento.

Pérez perdía terreno a su pesar.

Aquel jardín improvisado presentaba un aspecto verdaderamente encantador; y para que el lector se forme una idea de la concurrencia que ocupaba la mesa, diremos que Aguado y Elena ocupaban la cabecera, seguían a derecha e izquierda algunos oficiales del cuerpo acompañando a algunas jóvenes convidadas aquella noche y que por primera vez formaban parte de la reunión.

Hubiera notado allí el observador, en el conjunto heterogéneo de la fiesta, a las hijas de un señor magistrado junto a las incultas sobrinas del señor cura de la Santa Veracruz; a la vecina relamida y ordinaria, vestida de prestado aquella noche, junto a unas señoras que habían entrado al baile por equivocación, pues no era allí a donde estaban convidadas; y unas y otras concurrentes confundidas con algunas niñas de esas que viven solas y que eran conociditas de algunos de los oficiales presentes.

En cuanto a los hombres, figuraban al lado de Pablito (quien había ya disculpado a su familia con Elena) el platero de la esquina, el dependiente del juzgado, cuatro o seis pollos de los que nunca faltan en parvada a todos los bailes, el cobrador de la casa, dos empleados, un dueño de pulquerías, los españoles del empeño de la otra calle, y finalmente un número respetable de viejas, tías y mamás, troncos de aquellas ramas.

En aquella reunión en que no se conocían los unos a los otros, reinó al principio el encogimiento y la reserva, y en seguida el desorden, pero nunca la cordialidad.

En cuanto a la cena, se contaba que había ocho clases de pescados, la consabida ensalada de Nochebuena, compuesta de veinticuatro ingredientes, y el nacional revoltijo con pencas tiernas de nopal desmenuzadas.

En una cena de Nochebuena es de rigor tener un apetito decidido, circunstancia que la concurrencia no tardó en poner de manifiesto, haciendo todos los honores a la cocinera.

Pérez, en vez de saciar el apetito de que también no carecía, empezaba a sentir que el ron es una bebida muy fuerte.

-¡Ha visto usted cosa! -decía Pérez a un señor que se encontró al paso-; ¿sabe usted, señor, que el ron es una bebida muy fuerte? ¡Qué cosa tan extraña!, oiga usted, señor, esto es un hecho, el ron es una bebida muy fuerte. El coronel me invitó a tomar, y ¡cosa más extraordinaria!, yo... porque, oiga usted, he notado que el ron es una bebida muy fuerte.

Un resto de juicio hizo notar a Pérez que estaba repitiendo una misma cosa sin poderlo evitar y sintió un pesar verdaderamente profundo; iba a ahogar su mundo de ilusiones, su Nochebuena, su frac de Zarricolea, sus rizos y su chaleco blanco, su conquista, su amor y su poesía, en un poco de ron...

-¡Infame coronel, tal vez lo hizo de intento para descartarse de mí!

El interlocutor de Pérez había desaparecido y Pérez terminaba a solas cada período de su monólogo con la muletilla de que el ron es una bebida

muy fuerte.

La cena se prolongó hasta cerca de las tres de la mañana, pues hallándose Aguado y Elena bastante complacidos no pensaban en levantarse de la mesa. Entre tanto, Pérez cenaba parado e intentaba formalmente persuadirse de que un plato de revoltijo acallaría los estragos del ron, si bien con grave riesgo de la pureza columbina de su chaleco blanco.

En efecto, el empujón de un criado resolvió este peligro y el chaleco blanco de Pérez se tiñó de revoltijo.

-¡Un herido! -gritó un oficial.

-¿Quién es? -preguntó otro.

-El señor Pérez.

-¡Cómo!

-¿Dónde tiene la herida?

-En el corazón -dijo un chusco.

Todas las miradas se fijaron en el chaleco de Pérez, que ostentaba un chorreón de chile en el lado izquierdo.

Aguado pensó que el revoltijo había completado la obra del ron, y dirigiéndose a Elena le dijo:

-¡Cuánto me gusta el revoltijo!

-¡Qué malo es usted!

Para Pérez no era, no obstante, tan fuerte el ron que le hubiera impedido probar toda la amargura de su situación.

-La cocinera -dijo un oficial- opina que la herida del señor Pérez es de las más honrosas.

-Por lo menos -agregó otro- ha sido recibida en el campo del honor, como digno combatiente.

Pérez prescindió de seguir cenando, y medio oculto en un naranjo se ocupó de sostener una larga mirada de tigre dirigida al coronel y a Elena, que coqueteaban espantosamente.

Al pie de aquel naranjo concibió Pérez un pensamiento.

-Voy a darle celos a Elena, me vengaré; voy a despreciarla y a probarle que a nadie le falta quien...

A Pérez le parecía éste un pensamiento salvador y dirigió una mirada en torno suyo hasta que se fijó en una joven muy rubicunda y que hablaba muy recio; le pareció bonita, amable y bien vestida, y abrochándose el frac de Zarricolea para cubrir la herida honrosa, se dirigió a la señora de su pensamiento.

Oyó que le decían Lola.

-Lolita -dijo acercándosele-, ¿tiene usted la bondad de tomar esta copita a mi salud?

-¡Ah! -dijo Lola-, yo creí que me iba usted a ofrecer revoltijo.

Los oficiales rieron de buena gana y Pérez se cortó. Estaba de malas.

Pérez comprendió que era necesario hacerse a las armas y continuó:

-Efectivamente, es revoltijo.

-Ah, pues entonces no lo tomo, porque se me sube.

-Quiero decir que en esta copa está revuelto el vino con un amor.

-¿De quién?

-Mío.

-¿Y quiere usted que me lo beba?

-Sí, señorita.

-¿Y si me enamoro de usted?

-Me hará usted el más feliz de los hombres.

-¡Ay, señor Pérez! Pues temo que a mí no me suceda lo mismo, porque soy muy desgraciada en amores.

Pérez insistió hasta lograr que Lola bebiese, y se consagró a galantearla.

Se bailó en seguida, y Pérez se apoderó de Lola; pero no había visto a un oficial que hacía tiempo que no le quitaba la vista.

Pérez no se ocupaba más que de Lola, y de vez en cuando procuraba observar si esto hacía algún efecto en Elena.

Al pasar junto a ella bailando Pérez le dijo a Lola de manera que Elena lo oyese:

-La adoro a usted.

Resonó en la sala una argentina carcajada de Elena, y a Pérez le zumbaron los oídos.

No bien hubo sentado a Lola, el oficial celoso se acercó a Pérez y le dijo:

-Dispense usted, caballero... ¿Se sirve usted acompañarme?

-A donde usted guste; ¿a beber?, estoy a sus órdenes.

Y siguió al oficial.

Pero éste, en vez de tomar la dirección del comedor, tomó la escalera. Pérez pensó que por todas partes se va a Roma y siguió al oficial.

Cuando estuvieron en el patio, Pérez sintió que el mundo se le vino encima, y en seguida que él se caía sobre el mundo.

Acababa de recibir una bolea en el ojo izquierdo que le hizo caer en tierra; después sintió algunas patadas por vía de apéndice, y se quedó quieto pensando que el ron es una bebida muy fuerte.

El oficial, que afortunadamente no había sido visto ni sentido, volvió a la sala disimulando lo mejor que pudo su emoción.

Aguado había enarbolado ya el pabellón del triunfo. Elena estaba suave como un guante, y se trataba ya con cierto calor y seguridad de proyectos para el porvenir, de la carrera de Chucho, de cambiar de habitación y de otra porción de cosas.

La animación del baile había llegado a su colmo y reinaba la franqueza y la expansión en todos los convidados, quienes convenían simultáneamente en que el baile se había puesto bonito de repente.

-¿Y Pérez? -preguntó uno.

-Se fue a acostar -contestaron.

Efectivamente, Pérez estaba acostado sobre las piedras del patio y dormía; pero con la sustancial diferencia de que no se había ido a acostar, sino que lo habían acostado.

A las cinco de la mañana Pérez apareció en la sala con su frac de Zarricolea revolcado, y ostentando un chichón en un ojo.

Ya Aguado y los oficiales habían desaparecido, y a Elena no se le podía hablar porque se había recogido.

Pérez se acostó sobre un sofá y continuó su sueño comenzado en el patio.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

